

CAPITULO XVII.

SED PERFECTOS.

Caracteres de la perfeccion.—El hombre de bien.—Los buenos espíritus.—Parábola de la simiente.—Instrucciones de los Espíritus.—El deber.—La virtud.—Los superiores y los inferiores.—El hombre en el mundo.—Cuidar el cuerpo y el Espíritu.

Caracteres de la perfeccion.

1. Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian,—porque si no amais mas que á los que os aman, ¿qué recompensa tendreis por ello? ¿Los publicanos no lo hacen así tambien?—Y si no aliviáis mas que á vuestros hermanos, ¿qué mas haceis en esto que los otros? ¿Los paganos no lo hacen así tambien? *Sed, pues, perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.* (San Mateo, cap. V, v. 44, 46, 47 y 48.)

2. Supuesto que Dios posee la perfeccion infinita en todas las cosas, esta máxima: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial lo es,» tomada á la letra, supondria la facilidad de alcanzar la perfeccion absoluta. Si fuese dado á la criatura ser tan perfecta como el Creador, vendria á ser igual á El, lo que es inadmisibile. Pero los hombres, á quienes se dirigia Jesus, no habrian comprendido esta graduacion, y se limita á presentarles un modelo, diciéndoles que se esforzaran á alcanzar la perfeccion.

Es necesario, pues, entender por estas palabras, la perfeccion relativa, aquella de que la humanidad es susceptible y que le acerque mas á la Divinidad. ¿En qué consiste esta perfeccion? Jesus lo dice: «Amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen, y rogar por los que nos persiguen.» Muestra por esto que la perfeccion en su esencia, es la caridad en su mas amplia acepcion, porque implica la práctica de las demas virtudes.

En efecto, si se observan los resultados de todos los vicios y aún de los simples defectos, se reconocerá que no hay ninguno que no altere, mas ó menos, el sentimiento de la caridad, porque todos tienen su origen en el egoismo y en el orgullo, que son la negacion de la caridad, porque todo lo que sobreexcita el sentimiento de la personalidad destruye ó al menos debilita los elementos de la verdadera caridad, que son la benevolencia, la indulgencia, la abnegacion y la adhesion. El amor del prójimo llevado hasta amar á sus enemigos, no pudiendo unirse con ningun defecto contrario á la caridad, es por lo mismo el indicio de una mayor ó menor superioridad moral; de donde resulta que el grado de perfeccion está en razon directa de la magnitud de este amor; por eso Jesus, despues de haber dado á sus discípulos las reglas de la caridad en lo que tiene de mas sublime, les dijo. «Sed, pues, perfectos como lo es vuestro Padre celestial.»

El hombre de bien.

3. El verdadero hombre de bien es el que practica la ley de justicia, de amor y caridad en su mas grande acepcion. Si interroga á su conciencia sobre sus propios actos, si no ha violado esta ley, si no ha hecho mal á nadie, si ha hecho todo el bien *que ha podido*, si ha descuidado voluntariamente alguna ocasion de ser útil,

en fin, si ha hecho á otro todo lo que querría que se hubiera hecho con él. Tiene fé en Dios, en su bondad infinita, en su justicia y en su sabiduría. Sabe que nada acontece sin su permiso y se somete en todas las cosas á su voluntad. Tiene fé en el porvenir, y pospone los bienes temporales á los espirituales. Sabe que todas las vicisitudes de la vida, todos los dolores y las decepciones, son expiaciones ó pruebas y las acepta sin murmurar.

El hombre, penetrado del sentimiento de caridad y de amor del prójimo, hace el bien sin esperar correspondencia, vuelve el bien por el mal, toma la defensa del débil contra el fuerte y sacrifica siempre su interes á la justicia. Encuentra su satisfaccion en los beneficios que derrama, en los servicios que presta, en los desgraciados á quienes favorece, en las lágrimas que enjuga, en el consuelo que da á los afligidos. Su primer pensamiento es para los otros, antes que pensar en sí mismo; de buscar el interés de los demas, antes que el propio. El egoísta, por el contrario, calcula los provechos y las pérdidas de toda accion generosa. Es bueno, humano y benevolente para todo el mundo, sin escepcion de razas ni de creencias, porque vé hermanos en todos los hombres. Respetta en otros todas la convicciones sinceras, y no arroja el anatema á los que no piensan como él.

En todas las circunstancias la caridad es su guía; se dice que el que causa perjuicio á otro con palabras malévolas, que lastimen la susceptibilidad de alguno por su orgullo y su desden, que no retrocede á la idea de causar un disgusto, una contrariedad, aunque sea ligera, cuando puede evitarla, falta al deber de amar al prójimo y no merece la clemencia del Señor.

No tiene odio, ni rencor, ni deseo de venganza; á ejemplo de Jesus, perdona y olvida las ofensas, y no se acuerda mas que de los beneficios, porque sabe que será perdonado como él perdona.

Es indulgente para las debilidades de otro, porque sabe que él mismo tiene necesidad de indulgencia, y recuerda

estas palabras del Cristo: «Que aquel que se encuentre sin pecado, le arroje la primera piedra.»

No se complace en buscar los defectos de otro, ni en ponerlos en evidencia. Si la necesidad le obliga á ello, busca siempre el bien que pueda atenuar el mal.

Estudia sus propias imperfecciones y trabaja sin cesar en combatir las. Todos sus esfuerzos tienden á poder decirse al dia siguiente, que hay algo de mejor en él que la víspera.

No procura hacer valer, ni sus conocimientos, ni su talento á espensas de otro; sabe al contrario, hacer resaltar aquello en que le aventajan otros, todas las veces que se le presenta la oportunidad.

Jamas se envanece ni por su fortuna, ni por sus ventajas personales, porque sabe que todo lo que se le ha dado le puede ser retirado.

Usa, mas no abusa, de los bienes que le son acordados, porque sabe que es un depósito, del que dará cuenta, y que el empleo mas perjudicial para sí mismo, es hacerlo servir en la satisfaccion de las pasiones.

Si el órden social ha colocado hombres bajo su dependencia, los trata con bondad y benevolencia, porque sabe que son sus iguales ante Dios; usa de su autoridad para levantar su moral, y no por humillarlos con su orgullo; evita todo lo que podria volver su posicion subalterna mas penosa.

El subordinado, por su parte, comprende los deberes de su posicion, y se hace un escrúpulo de llenarlos con conciencia. (Cap. VIII, núm. 9.)

El hombre de bien, en fin, respetta en sus semejantes todos los derechos que dan las leyes de la naturaleza, como querría que se respetasen con respecto á él.

Esto no es la enumeracion de todas las cualidades que distinguen al hombre de bien; pero cualquiera que se esfuerce en poseerlas, está en la vía que conduce á las demas.

Los buenos espíritas.

4. El Espiritismo bien comprendido, pero sobre todo, bien sentido, conduce forzosamente á los resultados que quedan expresados, que caracterizan al verdadero espírita, como al verdadero cristiano, uno y otro no hacen mas que uno solo. El Espiritismo no crea ninguna moral nueva; facilita á los hombres la inteligencia y la práctica de la del Cristo, dándoles una fé sólida, é iluminando á aquellos que dudan ó que vacilan.

Pero muchos de los que creen en los hechos de las manifestaciones no las comprenden, ni sus consecuencias, ni su enlace moral; ó si las comprenden no se las aplican á sí mismos. ¿A qué conduce esto? ¿Es acaso un defecto de precision en la doctrina? No, porque esta no contiene ni alegorías, ni figuras que puedan dar lugar á falsas interpretaciones; su creencia misma es la claridad, y esto es lo que hace su poder, porque va derecho á la inteligencia. La doctrina nada tiene de misterioso, y sus iniciados no están en posicion de ningun secreto oculto al vulgo.

¿Es necesario, pues, para comprenderla una inteligencia fuera del órden comun? No, porque se ven hombres de una capacidad notoria que no la comprenden; mientras que inteligencias vulgares, jóvenes aún apenas salidos de la adolescencia, comprenden con admirable exactitud sus matices mas delicados. Esto viene de que la parte, en cierto modo material, de la ciencia, no requiere mas que los ojos para observar; mientras que la parte *esencial* demanda cierto grado de sensibilidad, que se puede llamar *la madurez del sentido moral*, madurez indispensable de la edad y del grado de instruccion, porque es

inherente al desarrollo, en un sentido especial, del Espíritu encarnado.

En algunos, los lazos de la materia son demasiado tenaces para permitir al Espíritu desprenderse de las cosas de la Tierra; la niebla que le rodea, le oculta la vista de lo infinito, y por esto no rompen fácilmente con sus hábitos; no comprendiendo una cosa mejor que lo que tienen; la creencia en los Espíritus es para ellos, un simple hecho, pero no modifica, sino poco ó nada, sus tendencias instintivas; en una palabra, no ven mas que un rayo de luz, insuficiente para conducirlos y darles una aspiracion poderosa, capaz de vencer sus preocupaciones. Están mas atentos á los fenómenos que á la moral, que les parece vulgar y monótona; piden á los Espíritus, sin cesar, que les inicien en nuevos misterios, sin consultarse á sí mismos si se han hecho dignos de ser puestos en posesion de los secretos del Creador. Son Espíritus imperfectos, de los que algunos quedan en camino ó se alejan de sus hermanos en creencias, porque retroceden ante la obligacion de reformarse, ó bien reservan sus simpatías para aquellos que participan de sus debilidades ó de sus prevenciones. Sin embargo, la aceptacion del principio de la doctrina, es el primer paso que les hará el segundo mas fácil en otra existencia.

El que se puede con razon calificar de verdadero y sincero espírita, se halla en un grado de progreso moral; el Espíritu, que domina completamente la materia, le da una percepcion mas clara del porvenir; los principios de la doctrina hacen vibrar en él fibras que permanecen mudas en los primeros; en una palabra, *es tocado en el corazon*, y su fé es inalterable. El uno es como el músico que se conmueve con ciertos acordes; mientras que el otro no oye mas que sonidos. *Se reconoce el verdadero espírita en su trasformacion moral, y en los esfuerzos que hace por domar sus malas inclinaciones*; mientras que el uno se complace en su limitado horizonte, el otro, que comprende alguna cosa mejor, se esfuerza en desprenderse

derse de éste, y lo consigue cuando tiene una firme voluntad.

Parábola de la simiente.

5. Ese mismo día, habiendo salido Jesús de la casa, se sentó cerca del mar,—y se reunió en derredor de él una gran multitud de pueblo, por lo que entró á una barca en la cual se sentó, y el pueblo permanecía en la ribera;—y Jesús les dijo muchas cosas en parábolas de esta manera:

El sembrador fué á sembrar, y mientras lo hacia, una parte de la semilla cayó á lo largo del camino y se la comieron los pájaros.

Otra parte cayó en lugares pedregosos en que habia poca tierra, y nació pronto, porque la tierra no tenia profundidad, pero habiendo salido el Sol la secó pronto porque no tenia raíces.

Otra cayó entre las malezas que no la dejaron nacer.

En fin, otra cayó en buen terreno, y produjo fruto. Algunos granos produjeron ciento por uno, otros setenta y varios treinta.

Que oiga el que tenga orejas para oír. (SAN MATEO, cap. XIII, v. del 1 al 9.)

Escuchad, pues, la parábola del sembrador.

De cualquiera que escuche la palabra del Señor, y no ponga atención en ella, el Espíritu malo viene y se lleva lo que está sembrado en su corazón; esta es la simiente que ha caído á lo largo del camino.

El que recibe la semilla entre las piedras, es el que escucha la palabra y al momento la acepta con gusto; pero no la conserva sino poco tiempo como la tierra que no tiene profundidad; y cuando á causa de la palabra le so-

brevienen contratiempos y persecuciones, al punto las toma por un motivo de escándalo y de caída.

El que recibe la semilla entre las malezas, es el que oye la palabra; pero en seguida los cuidados del siglo y las ilusiones de la riqueza, la ahogan y la vuelven infructuosa.

Mas el que escucha la palabra del Señor con atención y saca provecho de ella, es comparado con la semilla que cayó en buena tierra, y ha producido ciento, setenta, y treinta por ciento. (SAN MATEO, cap. XIII, v. del 18 al 23.)

La parábola de la simiente representa perfectamente, los grados que existen en la manera de sacar provecho de la enseñanza del Evangelio. ¡Cuántas gentes hay, en efecto, para quienes este no es mas que una letra muerta que, semejante á la semilla que cae sobre la roca, no produce fruto alguno!

Esto encuentra una explicación no menos justa en las diferentes categorías de espíritus. ¿No es esto el emblema de los que se inclinan mas bien á los fenómenos materiales, y no sacan de ellos otra consecuencia, porque no ven mas que un objeto de curiosidad? ¿De aquellos que no procuran mas que lo brillante de las comunicaciones de los Espíritus, y no manifiestan interés sino en tanto que satisfacen su imaginación, pero que despues de haberlas oído, quedan tan frios é indiferentes como ántes? ¿que encuentran buenos los consejos y los admiran, pero que hacen la aplicación de ellos á otros y no á sí mismos? ¿de aquellos, en fin, para quienes estas instrucciones son como la simiente caída en buena tierra y que produce frutos?

INSTRUCCIONES DE LOS ESPIRITUS.

El deber.

7. El deber es la obligación moral en presencia de uno mismo desde luego, y en seguida de los demás. El deber es la ley de la vida: se encuentra en los más ínfimos detalles, así como en los actos elevados. Quiero hablar aquí del deber moral, y no del que imponen las profesiones.

En el orden de los sentimientos, el deber es muy difícil de llenarse, porque se encuentra en antagonismo con las seducciones del interés y del corazón; sus victorias no tienen testigos, y sus defectos no pueden ser reprimidos. El deber íntimo del hombre está abandonado á su libre arbitrio; el aguijón de la conciencia, guardian de la probidad interior, le advierte que la sostiene, pero ella permanece á menudo impotente ante los sofismas de las pasiones. El deber del corazón fielmente observado eleva al hombre; pero ¿este deber, cómo precisarlo? ¿dónde comienza? ¿dónde acaba? *El deber comienza en el punto en que amenazais la felicidad ó el reposo de vuestro prójimo; y se termina en el límite que no querriais haber traspasado por vosotros mismos.* Dios ha creado á todos los hombres iguales para el dolor; pequeños ó grandes, ignorantes ó sabios, sufren por las mismas causas, á fin de que cada uno juzgue sanamente el mal que puede hacer. No existe el mismo criterio para el bien, infinitamente más variado en sus expresiones. *La igualdad ante el dolor, es una sublime providencia de Dios, que quiere que sus hijos, instruidos por la experiencia común, no hagan el mal excusándose con la ignorancia de*

sus defectos. El deber es el resúmen práctico de todas las especulaciones morales; es el valor del alma para afrontar las angustias de la vida; es austero, inflexible; pronto á plegarse á las diversas complicaciones, permanece incólume en las tentaciones. *El hombre que llena su deber, ama á Dios más que á las criaturas, y á éstas, más que á sí mismo;* es á la vez, juez y parte en su propia causa.

El deber es la más bella flor de la razón; sale de ella, como el hijo de la madre. El hombre debe amar el deber, no porque preserve de los males de la vida, á los cuales la humanidad no puede sustraerse, sino porque da al alma el vigor necesario para su desarrollo.

El deber crece ó irradia bajo una forma más elevada, en cada una de las jornadas superiores de la humanidad; la obligación moral de la criatura á Dios, no cesa jamás; debe reflejar las virtudes del Eterno, que no acepta un bosquejo imperfecto, porque quiere que la bondad de su obra brille ante El. (LÁZARO. París, 1863.)

La virtud.

8. La virtud en su más alto grado, abraza todo el conjunto de las cualidades esenciales que constituyen al hombre de bien. Ser bueno, caritativo, laborioso, sóbrio y modesto, son cualidades del hombre virtuoso. Desgraciadamente están acompañadas de pequeñas enfermedades morales que las afean y atenúan; el que hace alarde de su virtud, no es virtuoso, supuesto que carece de la cualidad principal, la modestia; y que tiene el vicio contrario, el orgullo. La virtud verdaderamente digna de este nombre no procura ostentarse, se advierte, pero desaparece en la oscuridad, y huye de ser admirada por la multitud. San Vicente de Paul era virtuoso, el dig-

no cura de Ars era virtuoso, y muchos otros poco conocidos del mundo, pero conocidos de Dios. Todos estos hombres de bien ignoraban ellos mismos que eran virtuosos; se dejaban llevar de la corriente de sus inspiraciones santas y practicaban el bien con un completo desinterés, y un olvido absoluto de sí mismos.

A la virtud comprendida y practicada así, es á la que os convido, hijos míos, á esta virtud verdaderamente cristiana y espírita, es á la que os ruego que os consagreis; mas alejad de vuestros corazones el sentimiento del orgullo, de la vanidad y del amor propio, que deslucen siempre las buenas cualidades. No imiteis al hombre que se propone como modelo y pregona sus propias cualidades á todos los oídos complacientes. Esta virtud ostentosa, oculta á menudo una multitud de pequeñas torpezas y de odiosas debilidades.

Es un axioma que, el hombre que se exalta á sí mismo, que levanta una estatua á su propia virtud, aniquila, por este solo hecho, todo el mérito efectivo que pudiera tener. Mas ¿qué diré de aquel cuyo valor consiste en hacer aparecer lo que no es? Quiero admitir que el hombre que hace el bien experimente en el fondo de su corazón una satisfacción íntima; pero desde que esa satisfacción se traspira por recoger elogios, degenera en amor propio.

¡Oh! vosotros á quienes la fé espírita ha calentado con sus rayos, y que sabeis cuán lejos está el hombre de la perfección, no deis jamás en semejante extravagancia.

La virtud es una gracia que deseo para todos los verdaderos espíritas; mas les diré, que vale mas tener pocas virtudes con la modestia, que muchas con el orgullo. Por el orgullo se ha perdido la humanidad; y por la humildad será un día rescatada. (FRANCISCO NICOLÁS MAGDALENA. Paris, 1863.)

Los superiores y los inferiores.

9. La autoridad, lo mismo que la fortuna, es una delegación de que será pedida cuenta á aquel que está investido de ella; no creais que os es dada para procuraros el vano placer de mandar, ni así como lo creen falsamente la mayor parte de los poderosos de la Tierra, como un derecho, una propiedad. Dios, sin embargo, les prueba demasiado que no es ni lo uno, ni lo otro, puesto que se los retira cuando le place. Si fuera un privilegio unido á su persona, seria inalienable. Nadie puede decir que una cosa le pertenece, cuando le puede ser quitada sin su consentimiento. Dios da la autoridad en calidad de *mision* ó de prueba cuando así le conviene, y la retira del mismo modo.

Cualquiera que sea depositario de la autoridad, sea cual fuere su extension, desde el señor sobre su servidor, hasta el soberano sobre su pueblo, no debe olvidarse de que está encargado de almas; el responderá de la buena ó mala direccion que hubiere dado á sus subordinados, y las faltas que pudieran cometer, los vicios á que fueren arrastrados por consecuencia de su direccion ó de los malos *ejemplos*, recaerán sobre él; mientras que recogerá los frutos de su solicitud por conducirlos al bien. Todo hombre tiene en la Tierra una mision grande ó pequeña; cualquiera que sea, es dada siempre para el bien; desfallecer en su cumplimiento, es lo mismo que falsearla en su principio.

Si Dios pregunta al rico: ¿Qué has hecho de la fortuna que debia haber sido en tus manos una fuente que derramara la fecundidad en torno tuyo?—preguntará del mismo modo al que haya tenido una autoridad cualquiera: ¿Qué uso has hecho de la autoridad de que fuiste in-

vestido? ¿qué progresos has hecho ejecutar? Si te he dado subordinados, no fué para que hicieras de ellos esclavos de tu voluntad, ni instrumentos dóciles de tus caprichos ó de tu co-licia; te he hecho fuerte para confiarte á los débiles, para sostenerlos y ayudarles á subir á Mí.

El superior que está penetrado de las palabras de Jesus, no desprecia á ninguno de los que están bajo de él, porque sabe que las distinciones sociales no existen ante Dios. El Espiritismo le enseña que si se le obedece hoy, otros han podido mandarle ó le mandarán mas tarde, y que entonces será tratado como él haya tratado á los demas.

Si el superior tiene deberes que llenar, el inferior los tiene á su vez y no son menos sagrados; si este último es espírita, su conciencia le dirá mejor aún, que no está dispensado de llenarlos aunque su superior no cumpla los suyos, porque sabe que no se debe volver mal por mal, y que las faltas de unos no autorizan á los otros; si sufre por su posicion, se dirá á sí mismo: que lo habrá merecido, porque el mismo habrá abusado quizás, en otros tiempos, de su autoridad, y que debe sentir á su vez los inconvenientes que ha hecho sufrir á otros. Si se ve forzado á sufrir su posicion por no poder encontrar otra mejor, el Espiritismo le enseña á resignarse con ella, como una prueba de su humildad, necesaria á su progreso. Su creencia le guía en su conducta; obra como querría que sus subordinados obrasen para con él, si fuera súbdito. Por esto mismo, es mas escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones, porque comprende que toda negligencia en el trabajo que le está confiado, es un perjuicio para el que le remunera, á quien él debe su tiempo y sus cuidados; en una palabra, es movido por el sentimiento del deber que le da su fé, y la certidumbre de que toda desviacion del camino recto, es una deuda que contrae y que, tarde ó temprano, deberá pagar. (FRANCISCO NICOLÁS MAGDALENA, Cardenal MORLOT. Paris, 1863.)

El hombre en el mundo.

10. Un sentimiento de piedad debe animar siempre el corazon de aquellos que se reunen bajo la vista del Señor, é imploran la asistencia de los buenos Espíritus. Purificad, pues, vuestros corazones, no dejeis formar su mansion en él á ningun pensamiento mundano y fútil; elevad vuestros Espíritus hácia aquellos que evocai, á fin de que encontrando en vosotros las disposiciones necesarias, pudan arrojar con profusion la simiente que debe germinar en vuestros corazones, y producir los frutos de caridad y justicia.

No creais por esto, que al escitaros sin cesar á la oracion y evocacion mental, os precisamos á seguir una vida mística, que os coloque fuera de las leyes de la sociedad en que vivís. No, vivid con los hombres de vuestra época; sacrificaos á las necesidades y á las frivolidades del día, pero hacedlo con un sentimiento de pureza que pueda santificarlas.

Vosotros debeis encontraros en contacto con Espíritus de naturaleza diferente y caracteres opuestos: no choqueis con ninguno de aquellos con quienes os encontréis. Sed alegres y dichosos, pero con la alegría que produce una conciencia limpia, y con la felicidad del heredero del cielo, contando los dias que le acercan á su posesion.

La virtud no consiste en revestirse de un continente severo y lúgubre, en rehusar los placeres que vuestra condicion humana permite; basta consagrar todos los actos de la vida al Creador que la ha dado; basta, cuando se comienza ó acaba una obra, elevar el pensamiento al Creador, y pedir, en un éxtasis del alma, ya sea su proteccion para conseguir lo que se desea, ó ya su bendicion para la obra acaba la. Cualquiera cosa que ha-

gais, remontaos á la fuente suprema de todas las cosas; jamas emprendais nada sin que el recuerdo de Dios venga á purificar y santificar vuestros actos.

La perfeccion está, como lo ha dicho el Cristo, en la práctica de la caridad absoluta; pero los deberes de la caridad se extienden á todas las posiciones sociales, desde el mas pequeño hasta el mas grande. El hombre que viviera solo, no tendria ocasion de ejercer la caridad, porque ésta se manifiesta en el contacto con nuestros semejantes, en las luchas mas penosas que presenta la ocasion. El que se aísla, se priva, pues, voluntariamente del mas poderoso medio de purificacion; no teniendo en qué pensar mas que en sí mismo, su vida es la de un egoista. (Cap. V, núm. 26.)

No os imagineis, pues, que para vivir en comunicacion constante con nosotros, para vivir bajo la vista del Señor, sea necesario el cilicio y cubriose de ceniza; no, no; una vez mas, sed felices siguiendo las necesidades de la humanidad; pero que en vuestra felicidad no entre jamas un pensamiento que pueda ofender ú oscurecer la faz de los que os aman y os dirigen. Dios es amor, y bendice á los que aman santamente. (UN ESPIRITU PROTECTOR. Burdeos. 1863.)

Cuidar el cuerpo y el Espíritu.

11. La perfeccion moral ¿consiste en la maceracion del cuerpo? Para resolver esta cuestion, me apoyo en los principios elementales, y comienzo por demostrar la necesidad de cuidar el cuerpo que, segun las alternativas de enfermedad ó salud, influye de una manera muy importante sobre el alma, que es necesario considerar como cautiva en la carne. Para que ésta prisionera viva, se regocije y conciba aún las ilusiones de la libertad, el cuer-

po debe estar sano, dispuesto y valeroso. Sigamos la comparacion. Hé aquí, pues, el perfecto estado de ambos. ¿Qué debe hacerse para mantener el equilibrio entre sus aptitudes y sus necesidades tan diferentes entre sí?

Aquí se hallan frente á frente dos sistemas: el de los ascéticos que quieren mortificar el cuerpo, y el de los materialistas que quieren abatir el alma; dos violencias que son casi tan insensatas la una como la otra. Al lado de estos dos partidos, hormiguca la numerosa tribu de los indiferentes, que sin conviccion ni pasion, aman con tibieza, y gozan con economía. ¿Dónde, pues, está la sabiduria? ¿Dónde está la ciencia de saber vivir? En ninguna parte; y este gran problema quedaria por completo sin resolucion, si el Espiritismo no viniese en ayuda de los investigadores, demostrándoles las relaciones que existen entre el cuerpo y el alma, y diciendo ademas que, supuesto que son necesarios el uno y la otra, es preciso cuidar á ambos. Amad á vuestra alma, pero cuidad tambien vuestro cuerpo, que es instrumento del alma; desconocer las necesidades que son indicadas por la misma naturaleza, es desconocer la ley de Dios. No lo castiguis por las faltas que vuestro libre albedrío le ha hecho cometer, y de las que él no es mas responsable que el caballo mal dirigido, de los accidentes que causa. ¿Seis mas perfectos martirizando vuestro cuerpo si permanecis egoistas, orgullosos y poco caritativos para con vuestro prójimo? No, la perfeccion no es ésta; está toda entera en las reformas que hareis sufrir á vuestro Espíritu, sujetándole, someténdole, humillándole, mortificándole; este es el medio de hacerle dócil á la voluntad de Dios, y el único que conduce á la perfeccion. (JOEJE, ESPIRITU PROTECTOR. Paris, 1863.)